



# A TREINTA AÑOS DEL CONFLICTO DE LAS MALVINAS-FALKLAND

Carlos Sixirei Paredes  
Universidad de Vigo

## RESUMEN

**E**l conflicto de las Malvinas provocó una crisis muy grave que afectó a todo el continente americano, dividido en sus simpatías y apoyos hacia cada uno de los contendientes. Puso en cuestión todo el sistema interamericano de defensa, enfrentó a Estados Unidos con muchos países iberoamericanos y tuvo inmediatas consecuencias en la vida política argentina al provocar la crisis definitiva de la dictadura militar.

## ABSTRACT

The Falkland Islands conflict caused a severe crisis which affected the whole American continent since it was divided according to their sympathies and support for each of the contenders. It questioned the whole Interamerican defense system . The USA had to confront many Iberoamerican countries and it had immediate consequences in the Argentinian political life as it provoked the definite crisis for the military dictatorship.

## PALABRAS CLAVE

Guerra, Atlántico Sur, Dictadura, OEA, Latinoamérica, Militares

## KEY WORDS

War, South Atlantic, Dictatorship, OAS, Latin America, Military men

## INTRODUCCION

Hace treinta años tuve ocasión de escribir, muy en caliente y conjuntamente con el historiador uruguayo Juan Rial Roade, un trabajo amplio sobre la guerra de las Malvinas a poco tiempo de haberse ésta producido, y desde un escenario muy

próximo: Montevideo. Todo el conflicto bélico así como los acontecimientos que llevaron a ella y las consecuencias de la misma, los viví desde la capital uruguaya y en algún momento, durante el desarrollo de los enfrentamientos, desde el propio Buenos Aires. Se realizó un seguimiento de informaciones diplomáticas y de boletines de noticias originados en la oficina de prensa de la Embajada Británica en Uruguay así como de noticias que aparecían sobre el conflicto en la prensa latinoamericana y norteamericana pero, especialmente, de lo que se publicaba día a día en Argentina, de manera especial en el diario La Nación y en los semanarios Gente, Hoy y La Semana.

Guardo aún la colección completa de todos estos medios escritos correspondientes al periodo que duró el conflicto armado así como la de los comunicados de prensa británicos y diversos materiales informativos proporcionados por algunas embajadas en Montevideo, muy especialmente la colección de editoriales publicadas sobre la crisis en el Atlántico Sur por los periódicos brasileños Folha de São Paulo, O Estado de São Paulo, O Globo, Jornal do Brasil y Zero Hora que, en su momento, nos facilitó muy amablemente el responsable de prensa de la Embajada de ese país en la República Oriental. Obviamente también se realizó un vaciamiento de las noticias publicadas por El Día que era entonces el principal rotativo uruguayo. Treinta años después ha habido tiempo para reposar toda aquella información que se reflejó en un trabajo que nunca pudo ver la luz. Treinta años después se puede hacer un análisis de los hechos más sosegado y hacerlo desde una larga perspectiva temporal.

## **COMO SE PROVOCÓ UNA CRISIS INJUSTIFICADA**

El 30 de marzo de 1982 una gran multitud recorría las calles de Buenos Aires en protesta por la situación económica y la carestía de la vida. Había sido convocada por los sindicatos peronistas de la CGT-Brasil aunque no contaba con el apoyo expreso de la Multipartidaria, plataforma de partidos opositores que se había constituido el 14 de julio de 1981 a iniciativa de los políticos radicales Ricardo Balbín y Arturo Frondizi (más del primero que del segundo). La manifestación fue brutalmente reprimida por la policía cuando llegaba a Plaza de Mayo pero para los militares el mensaje estaba claro: El espacio de maniobra se estaba achicando. Fue precisamente para neutralizar y canalizar en beneficio propio el descontento popular como se llevó a cabo el operativo Malvinas que venía preparándose desde varias semanas antes. En las primeras horas del dos de abril se ponía en marcha la ocupación de las islas, en manos británicas desde 1833, con participación de la Marina, la Aviación y el Ejército.

Si los militares se atrevieron a una operación de aquel calado fue por la vastísima popularidad de la misma. Las Malvinas están, mucho más que Gibraltar, enraizadas, como causa nacional, en el imaginario de los argentinos. Nadie pondría

## A treinta años del conflicto de las Malvinas-Falkland

en duda la justicia de la causa aunque el beneficio fuese para una dictadura.

La dictadura militar argentina estaba atravesando un periodo de crecientes dificultades en el terreno de la política, la economía y las relaciones internacionales. En el campo político eran perceptibles desde hacía por lo menos un año las divisiones internas de las FFAA. A fines de marzo de 1981 el General Viola había sucedido, en su condición de Comandante en Jefe del Ejército, al General Videla en la Presidencia de la República. Este paso, aunque formalmente correcto, no se dio sin oposiciones si bien se procuró que éstas no fueran de conocimiento público. Viola no era precisamente un “blando” pero estaba convencido de la necesidad de una reinstitucionalización del país de acuerdo con los principales grupos políticos. Eso no suponía necesariamente la salida completa de los militares del poder pues se podía seguir controlando la política del país a través de terceros interpuestos, es decir, alguna plataforma política próxima al pensamiento castrense que fuera capaz de aglutinar un fuerte apoyo electoral lo que, con una Argentina aterrorizada, no se consideraba difícil de conseguir.

El problema estaba en que el sector duro de las FFAA que tenía en aquel momento como principal líder al Comandante del Ejército General Galtieri, aunque no solo a él, no veía la menor necesidad de poner en marcha proceso alguno de apertura que acabaría inexorablemente con los militares en los cuarteles. La creación de una organización partidaria pro-castrense no era ninguna garantía de que no se pidieran cuentas de lo sucedido y, en cualquier caso, la dictadura resultó ser una mina de oro para la alta oficialidad beneficiada con múltiples privilegios y regalías. No había, por lo tanto, prisa alguna en llamar a elecciones. Galtieri lo dejó muy claro:

“Últimamente han arreciado voces que demandan de las FFAA acelerar la transferencia del poder. No es voluntad de los hombres de armas prolongar de manera indefinida su paso por el gobierno nacional, pero sólo cuando estén dadas las condiciones, sólo entonces se materializará dicha entrega”

Pero pese a lo que opinaba el sector duro de las FFAA había un factor que jugaba en su contra y para el que no poseían instrumentos que lo contrarrestaran. Un factor que estaba erosionando lentamente las bases sobre las que se había levantado todo el discurso de la dictadura: La situación económica, en pleno proceso de empeoramiento.

Viola buscó acentuar el aperturismo y obtener complicidades de radicales y peronistas, incluso llegó a designar a algunos políticos de estos partidos para altos cargos administrativos (p. ej. al radical alfonsinista Arnaldo Castillo lo nombró Gobernador de Catamarca) o a dirigir frases laudatorias al peronismo calificándolo de “movimiento argentino de mucho arraigo popular” . Pero el terreno en que se podía mover estaba claramente delimitado. Viola era un “primus

inter pares” pero no tenía el poder en exclusiva. Los tres Comandantes en Jefe dejaron muy claro cuáles eran las únicas reglas de juego permitidas en las Pautas de Acción del Gobierno para 1981-1984 entregadas en abril a un Viola recién posesionado. La respuesta de la oposición al penelopismo militar fue la creación de la Multipartidaria como plataforma de negociación y también de presión. La Multipartidaria (demócrata-cristianos, intransigentes, radicales diversos y peronistas varios) no era exactamente una plataforma revolucionaria. En ese sentido los militares podían estar muy tranquilos. Ni había revanchismo ni siquiera se deseaba el fracaso de las FFAA. El peronista “Chacho” Bittel lo expresaba casi con fervor: “Nosotros queremos que las FFAA acierten, no queremos ningún fracaso, porque en el acierto de las FFAA está la solución para el pueblo argentino” .

Martínez de Hoz, Superministro de Economía durante la presidencia de Videla, dejó al país en la ruina. Las propias FFAA habían llegado a la conclusión, una vez acabados los fastos del 78 y cuando el derroche que supuso el Campeonato Mundial de Fútbol comenzaba a pasar factura, que la política aperturista y de privatizaciones, en la mejor línea de lo que preconizaba la Escuela de Chicago, era entreguista y antinacional. Aún con Videla en la Presidencia hubo que actuar sobre el sector financiero para evitar el hundimiento colectivo de la banca doméstica y no bien llegado a la Jefatura del Estado Viola tuvo que aceptar la devaluación del peso en un 28%, a añadir a otra del 10% dos meses antes. Se dispusieron líneas de crédito en beneficio de las muy maltratadas, por la competencia externa, empresas industriales argentinas. La inflación estaba completamente fuera de control alcanzando a fines de 1981 el 100%. La crisis económica agravó la crisis política y Viola era depuesto en diciembre después de un golpe de estado palaciego protagonizado por el sector duro aprovechando una enfermedad del Presidente. Le sucedía el General Galtieri.

Galtieri se encontraba en aquel momento de visita en Estados Unidos negociando la compra de armamentos y tenía como anfitrión a Vernon Walters quien lo agasajó por todo lo alto y lo llevó de visita a Disneylandia, pero no a ninguna base militar. Walters metió alguna mano en el desenlace de la crisis que en aquel momento se desarrollaba en Buenos Aires, sugiriendo bajo cuerda la deposición de Viola. De hecho Galtieri le debió a sus gestiones el convertirse en Presidente. Galtieri era el hombre de los halcones de Washington, o al menos eso se lo creía él. Sin embargo todo aquel rigodón de espadones había trascendido a la calle donde la división y los enfrentamientos entre militares blandos y duros ya no eran ningún secreto. La opinión pública percibía, por primera vez desde 1976, que las FFAA no constituían un bloque monolítico.

Los militares se encontraban, a fines de 1981, en una situación ambigua pero peligrosa: Por una parte la protesta popular en la calle, a pesar de la represión, se estaba acrecentando, por otra la Multipartidaria, lejos de aprovechar el descontento,

## A treinta años del conflicto de las Malvinas-Falkland

esperaba que la pera cayera madura, es decir, que el agravamiento de la situación económica obligara a las FFAA a abrir una negociación. El Gobierno comenzó a expresar preocupación por su aislamiento y decidió romperlo por algún lado. Justo es en ese momento cuando las Malvinas surgieron en el horizonte como la gran solución.

El panorama internacional no era especialmente favorable para Argentina en aquel momento. El país acababa de salir de un conflicto con Chile que no derivó en guerra gracias a la mediación papal. Por ese lado no cabía aguardar muchas adhesiones, pero ese lado era la espalda completa del país. El gobierno de Reagan, a pesar de los entusiastas abrazos que dispensaba Vernon Walters, desconfiaba de la dictadura. Los militares se habían permitido algunos gestos de independencia como el no plegarse al boicoteo cerealero a la URSS en represalia por la invasión de Afganistán tal y como reclamaban en Washington. Eso convirtió a la URSS, en aquel momento, en el principal cliente de cereales argentinos, hasta el punto de que Moscú le suministraba a Buenos Aires el 30% de las divisas que se obtenían del comercio exterior. Bien es cierto que el boicot lo había animado la administración Carter que era la bestia negra de la dictadura, pero, en ese terreno, la de Reagan mantenía la misma estrategia. Y los contactos no se habían limitado al comercio cerealero. En 1980 ambos países intercambiaron misiones militares de alto nivel y Argentina pasó a enriquecer uranio en la URSS para seguir ampliando su ambicioso programa de desarrollo de energía nuclear. No era extraño, por tanto, que cada vez que se presentaba en la ONU una proposición de condena a la Junta Militar por sus violaciones sistemáticas de los derechos humanos, el embajador soviético se opusiera.

En cuanto a Latinoamérica, además de la preocupación que inspiraba la actuación del régimen militar chileno, no había tampoco grandes unanimidades. Se podían obtener retóricos discursos de solidaridad, pero no se podía aspirar a mucho más. Y esto fue lo que ocurrió cuando se desató la crisis.

Antes de producirse la invasión de las Malvinas, hubo algún ensayo previo, a modo de cata, para estudiar la reacción que provocaba. El 31 de marzo un transporte de guerra y dos corbetas misilísticas se dirigieron contra las islas Georgias del Sur pese a las protestas diplomáticas británicas. En respuesta, Londres movilizó hacia la zona a un rompehielos que patrullaba cerca de la Antártida. En la prensa británica los artículos de opinión comenzaron a calentar el ambiente reclamando medidas de fuerza. Pero, a decir verdad, el Gobierno de Margaret Thatcher, en plena campaña de recortes de gastos, no se mostraba muy dispuesto a que las cosas pasaran a mayores, y menos por unos alejados islotes cuya seguridad no preocupaba mucho a las autoridades británicas. Desde 1981 la idea dominante en política naval era reducir la flota de superficie e incrementar la flota de submarinos nucleares y convencionales.

En esa línea una campaña a tanta distancia no parecía muy conveniente en aquel momento. Dos analistas ingleses del conflicto escribirían posteriormente (en 1983): El Tesoro no había mostrado el menor interés en el desarrollo de las islas. El Acuerdo de Comunicaciones con la Argentina no había sido cumplido por los británicos. El Informe Shackleton estaba ya polvoriento; los isleños no habían conseguido la nacionalidad británica plena; hasta el British Antarctic Survey estaba por cerrar su estación en las Georgias del Sur por falta de fondos.

El incidente de las Georgias todavía hoy continúa siendo debatido. Al parecer no fue una iniciativa de los militares sino de un empresario argentino muy conchabado con la dictadura, Constantino Davidoff: Un grupo de trabajadores argentinos, que supuestamente iban a desmontar unas instalaciones balleneras en desuso, desembarcó el 22 de marzo en una de las islas, e izó la bandera argentina lo que provocó la irritación de las autoridades británicas. A partir de ese momento la tensión comenzó a aumentar alimentada por el sector ultra de los media, cuya principal figura, en este caso, era el periodista Iglesias Rouco, editorialista del diario La Prensa. Rouco sabía sobradamente que tanto la Junta Militar como el canciller Costa Méndez, apoyaban sus puntos de vista. Se trataba de desatar una campaña para ir preparando a la opinión pública. Y uno de los principales argumentos empleados era que los Estados Unidos serían “comprensivos” si en Buenos Aires se decidían a una invasión. La opinión pública, sin embargo, no parecía excesivamente entusiasmada. Prueba de ello es que, el mismo día que navíos de guerra argentinos desembarcaban en las Georgias, miles de personas se manifestaban en el centro de Buenos Aires al grito de “Paz, pan y trabajo”.

El ambiente belicista en Argentina, a partir del 30, fue agravándose en un “crescendo” que inspiraba más temor que entusiasmo. Todavía el 1 de abril malvinenses y argentinos se aferraban a la idea de que aquel montaje no era más que la necesaria exhibición de fuegos de artificio para ganar fuerza antes unas previsibles negociaciones diplomáticas que encauzaran el conflicto hacia una salida pacífica. Pero la decisión de ir a por todas ya estaba tomada a aquellas alturas, especialmente por el alto mando de la Marina que en este terreno actuaba literalmente por libre e informaba a las demás armas cuando se había producido el “fait accompli”.

Y así fue como de repente el mundo se enfrentó a un escenario de guerra donde menos se esperaba cuando en el amanecer del día 2, tropas argentinas eran desembarcadas en las Malvinas y, después de 149 años, la “Union Jack” era arriada.

## **LA GUERRA**

Si en Inglaterra no se tomaron completamente en serio la ocupación de las Georgias, el operativo de las Malvinas pasó a ser harina de otro costal. Del mismo modo que a los argentinos les llevó el entusiasmo patriótico a salir a la

## A treinta años del conflicto de las Malvinas-Falkland

calle para celebrar la recuperación de los archipiélagos irredentos y a mostrar su apoyo a la Junta Militar, a los británicos les llevó la rabia patriótica y el deseo de venganza por la ofensa al orgullo y al honor nacionales. El Gobierno británico se quedó sin capacidad de maniobra y tuvo que reaccionar rompiendo las relaciones diplomáticas con Buenos Aires. Lord Carrington, responsable de las relaciones exteriores y acusado por la prensa de “descuido irresponsable”, dimitió.

Los diplomáticos de ambas partes aún creían a estas alturas que se podría llegar a algún tipo de acuerdo sin necesidad de recurrir a una salida bélica, pero las cosas no estaban pintando en ese campo nada bien para los intereses argentinos y la Junta Militar comenzó a cobrar conciencia de que tendría que enfrentarse sola al problema que había causado. El Consejo de Seguridad de la ONU, reunido urgentemente a solicitud del embajador británico, condenó la invasión a través de la Resolución 502 que exigía la retirada inmediata e incondicional de las tropas invasoras. Tan solo Panamá, entre los 15 miembros del Consejo, votó en contra de la Resolución. España y la URSS, entre otros, se abstuvieron. En aquel momento España era un socio recién llegado a la OTAN y no podía ponerse en contra de un país aliado, pero el comportamiento del embajador soviético, Troyanovski, fue mucho más cínico pues, representando a un país que resolvía graves problemas de suministro alimenticio interno gracias al trigo argentino, justificó su abstención, sin mencionar para nada a Argentina en su intervención, porque “la resolución británica es parcial y desconoce el aspecto de la descolonización”. En Buenos Aires consideraron “razonable” la posición soviética.

La Resolución 502 incrementaba el aislamiento diplomático de la Junta y le daba a Londres toda la justificación para una intervención armada. Thatcher, con el ojo puesto en las elecciones de 1983, vio el cielo abierto para recuperar popularidad y decidió el envío de una fuerza de combate, la Task Force, integrada por 40 navíos entre los que se incluían dos portaviones. Estados Unidos, entre tanto, se mantenía oficialmente neutral, pero oficiosamente estaba ya prometiendo apoyo al Gobierno británico, su principal aliado en el mundo.

Con este escenario la Junta no había contado. Y no se tenía un Plan B. A partir de ese momento los militares pasaron a desinformar a través de sus principales aliados mediáticos los diarios La Nación, la Prensa y las revistas Semana y Gente, además de radios y canales de TV afines. La política informativa, además de parcializada, estaba llena de mentiras. El envío de la Task Force era interpretada como una simple maniobra intimidatoria para que los británicos pudieran negociar en mejores condiciones; las noticias se daban en tonos triunfalistas; todos los periodistas y agencias informativas que operaban en Argentina tenían que atenerse obligatoriamente a los comunicados oficiales; en Malvinas solo se permitió un único corresponsal de Canal 13 Televisión Color, Nicolás Kasanzew, que enviaba crónicas delirantes describiendo

batallas imaginarias y victorias inexistentes del Ejército argentino. Con semejante información comenzaron a funcionar muy pronto canales paralelos en donde lo que predominaba eran los rumores elevados a la categoría de certezas absolutas en partes alimentados por las escasas noticias que los corresponsales internacionales obtenían por otras vías distintas de las oficiales, en parte por alguna novedad que se filtraba a través de la férrea censura y en parte por puras invenciones. Este fue el tipo de información al que accedieron los argentinos durante todo el conflicto.

La clave para la salida de aquel enredo seguía estando en la actitud norteamericana.

El Secretario de Estado, Alexander Haig, tan pronto estalló la crisis, mantuvo reuniones por separado con los embajadores de Gran Bretaña y Argentina y, casi de inmediato con el canciller Costa Méndez que se encontraba en Washington para asistir a la reunión del consejo permanente de la OEA convocado para analizar las repercusiones del conflicto. En Buenos Aires, pese a los sucesivos informes que había hecho llegar el agregado militar argentino en la capital norteamericana advirtiendo de que Estados Unidos no se quedaría de brazos cruzados si se producía una invasión, estaban convencidos de que Reagan miraría para otro lado siempre y cuando no hubiera muertos británicos. Ni siquiera en la conversación directa que mantuvieron en la noche del 1 de abril, pocas horas antes de la invasión, Reagan y Galtieri, y en la que el presidente norteamericano expresó su preocupación por lo que estaba a punto de acontecer, Galtieri se dio por aludido. En un momento del diálogo, Reagan advirtió seriamente de lo que podía ocurrir: “Créame Sr. Presidente, que tengo buenas razones para afirmar que Gran Bretaña respondería con fuerza a una acción militar argentina” Reagan llegó a ofrecer el envío del Vicepresidente Bush a Buenos Aires como intermediario y que la embajadora Kirkpatrick trabajaría en la ONU para “asistir a las partes”. Galtieri se enrocó y se negó a cualquier negociación que no fuera precedida de un reconocimiento por parte de Londres de la soberanía argentina de las Malvinas.

Ante el empecinamiento de Galtieri, Reagan advirtió que Washington no iba a quedar de mero observador de los hechos: “Debo entender de sus palabras, Sr. Presidente, que la Argentina mantiene su posición respecto al uso de la fuerza. No quiero dejar de puntualizar claramente entonces, que la relación entre su país y el mío sufrirá gravemente”. Por si esto no quedara suficientemente claro añadió: “Gran Bretaña, Sr. Presidente, es un amigo muy estrecho de los Estados Unidos y la nueva relación que hoy mantiene Washington con la Argentina se verá irremediablemente perjudicada” Mientras Gran Bretaña ponía en marcha la respuesta militar y en Washington tanteaban el panorama internacional, éste era cada vez menos favorable para Argentina que perdía batallas diplomáticas una tras otra incluso ante países de los que cabría esperar cierto apoyo por su pasado colonial. Por ejemplo, en la OEA todos los países anglófonos del Caribe, incluyendo los por entonces muy izquierdosos

## A treinta años del conflicto de las Malvinas-Falkland

Guyana y Grenada, apoyaron a su exmetrópoli sin fisuras. En el Movimiento de los No Alineados a donde acudió un desesperado canciller que no hacía mucho tiempo se sentía alejado de los planteamientos neutralistas, países como Yugoslavia, India o Egipto, es decir, algunos de los pesos pesados de la organización, rechazaron sin paliativos el uso de la fuerza por parte de Buenos Aires. Las solidaridades venían de la URSS, de China y de los países del Pacto de Varsovia pero tampoco iban más allá de la retórica. En Moscú el conflicto servía para poner en un dilema a Washington, obligado a elegir entre dos aliados, y para meterle un dedo en el ojo a los británicos, pero salvo comunicados de prensa de la Agencia Tass, no se movió otro dedo y, como ya vimos, en el momento decisivo en que se plantea en el Consejo de Seguridad la condena a la acción argentina, el embajador soviético, en vez de vetar la resolución, se abstuvo.

Había otro problema: El abastecimiento de armas. La neutralidad oficial norteamericana impedía adquirirlas en aquel mercado, países europeos como Francia, Italia, Austria, Bélgica, Holanda o Alemania, decidían la prohibición total de ventas de suministros bélicos a la Argentina. Y esto era solo el comienzo porque detrás del boicot armamentístico estaba el financiero, mucho más peligroso. Argentina necesitaba créditos pero donde se negociaban la mayor parte era en el mercado de Londres. Se cerraba así la posibilidad de refinanciar, conseguir moratorias etc. Y la presión económica llegó a hacerse insoportable para Buenos Aires que veía como Japón y la CEE declaraban el boicot comercial.

Con este escenario progresivamente agravado, llegó a Buenos Aires en un intento final de evitar la guerra, el Secretario de Estado norteamericano. Ciertamente para Washington el dilema era muy incómodo. Si bien Gran Bretaña era el más importante aliado de los norteamericanos, no se podía olvidar que Argentina estaba brindando una ayuda de gran relieve en el conflicto centroamericano. Y a la Junta Militar no se le ocurrió mejor cosa que montarle a Haig una demostración de apoyo popular masivo a la invasión. Desde el mismo día de la llegada del representante norteamericano, el 9 de abril, Radio Rivadavia lanzó una convocatoria para una multitudinaria concentración en la Plaza de Mayo justo a la misma hora en que Haig y Galtieri deberían reunirse.

Evidentemente la Junta Militar se desvinculó de tal convocatoria atribuyéndola a una acción espontánea de un medio de comunicación. Pero casualmente se trataba de una radio intervenida por el Gobierno militar y el llamamiento fue incansablemente apoyado por la TV oficial y por los diarios próximos a las FFAA: La Nación, La Prensa, Crónica, La Razón, Convicción etc. Tal era el panorama con el que se encontró Haig.

El Secretario de Estado no se anduvo por las ramas: Si había guerra Washington apoyaría a Londres. Ni aún así los militares dieron su brazo a torcer. Tal vez el griterío de decenas de millares de porteños que llenaban la Plaza de Mayo y calles adyacentes

entonando desde eslóganes antibritánicos hasta la marcha peronista les dejó claro que ya no era posible entrar en negociaciones y, al final, tenían más miedo de una revuelta popular que de la Task Force. Y Haig regresó a Washington consciente de su fracaso e igualmente consciente de la posición probritánica que su país iba a adoptar. Para Estados Unidos, en tanto superpotencia, no se trataba solo de una cuestión de valores (colonialismo o anticolonialismo) sino de intereses estratégicos: Si una agresión era premiada, se abría el melón para cualquiera que quisiera resolver sus disputas por el mismo método y el orden mundial se convertiría en un caos.

Los sucesos bélicos son sobradamente conocidos, desde la instauración del bloqueo naval y aéreo por parte de la Task Force sobre las Malvinas, el hundimiento del Belgrano, buque insignia de la Armada que llevó a ésta a desaparecer del escenario bélico luego de haber hecho todo lo posible para armarlo, el desembarco británico, la reconquista de los archipiélagos hasta la vergonzosa rendición argentina con todas las consecuencias que trajo a efectos internos. No es necesario, por lo tanto, detenernos en ello, pero si es necesario fijarse en el escenario internacional en que se movió todo el conflicto pues ayuda a explicar algunos de los acontecimientos e igualmente en lo que estaba sucediendo en el plano interno.

## LOS ESCENARIOS

Un hecho que no se entendió en Argentina fue que la invasión le brindaba a Thatcher el gran argumento de convertirse en campeona del derecho de autodeterminación.

Mientras que en Buenos Aires se agitaba la lucha contra el colonialismo, en Londres se hacía lo mismo con los deseos de los kelpers de ser británicos (aunque en aquel momento no lo eran de pleno derecho) o de ser independientes. Y resulta que este argumento acabó pesando más aunque probablemente tal no hubiera ocurrido si en Buenos Aires hubiera un gobierno democrático. Pero la imagen de Argentina en el mundo, a comenzar entre la opinión pública norteamericana, se correspondía con la de una sanguinaria dictadura. E incluso considerando que en Washington los republicanos tendían a no darle mucha importancia a este detalle en el contexto de la guerra fría y que Argentina era un fiel aliado (más fiel incluso de lo que se podría razonablemente aguardar a pesar de algunos gestos de autonomía) tampoco se podía airear la colaboración de las autoridades porteñas en la lucha contra la subversión en Centroamérica so pena de hacer públicos los entresijos de la guerra secreta contra gobiernos como el sandinista lo que no iba a redundar precisamente en la mejora de imagen del propio Reagan. En estas condiciones el discurso anticolonialista, considerando quien lo pronunciaba, resultaba poco creíble. Empecemos pues por el escenario internacional.

## A treinta años del conflicto de las Malvinas-Falkland

Perdida la batalla en la ONU y sabiendo que Europa Occidental, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Japón, es decir, el primer mundo con el que los militares pretendían obsesivamente parangonarse, habían cerrado filas con Gran Bretaña, a la dictadura le quedaban dos escenarios posibles para moverse: La OEA (y, en concreto, la América Ibérica) y el Movimiento de los Países no Alineados.

Se podía añadir un tercero por razones de oportunidad política: El universo socialista integrado por los integrantes del Pacto de Varsovia, Cuba y China.

La posición de estos últimos fue un ejercicio de maquiavelismo político. En la ONU, el escenario donde su jugaba la partida, la URSS, China y Polonia se abstuvieron cuando se presentó para su aprobación la resolución 502. Sin embargo, si el apoyo a Buenos Aires no comprometía a nada, se desataban cataratas de retórica anti-imperialista. Los juegos malabares diplomáticos más surrealistas, los practicó Cuba. Desde comienzos de 1981 el embajador habanero en Buenos Aires había sido llamado por su gobierno a consultas y no había regresado por lo que la Embajada estaba dirigida por el canciller. Pero, nada casualmente, el mismo día que llegaba Haig a Buenos Aires, el diplomático retornaba a su puesto. A partir de ahí se desataron las declaraciones y los comunicados de solidaridad interamericana llegándose a ofrecer ayuda militar que Castro no tenía la menor intención de concretar, ni Buenos Aires estaba en condiciones de aceptar a menos que prefiriera una ruptura definitiva con los Estados Unidos.

En la cancillería argentina, huérfana de apoyos decisivos, se desvivían por enderezar políticas anteriores. Todos los aliados eran necesarios. El embajador argentino en Managua, de donde estaba ausente también desde hacía un año, regresó precipitadamente para normalizar unas relaciones que la propia Junta Militar se había encargado de deteriorar al máximo a partir del acuerdo de cooperación firmado entre los militares argentinos y la CIA en diciembre de 1981 “para contrarrestar la insurgencia y el terrorismo marxista alentado por Cuba en El Salvador, Nicaragua, Guatemala y Honduras” . La fiebre antimarxista no le impedía, sin embargo, al Gobierno de Buenos Aires, comerciar con la URSS a donde se dirigían, según Lawrence Eagleburger, por entonces número tres del Departamento de Estado, el 80% de las ventas argentinas de cereal. El funcionario advertía en un informe interno dirigido a Haig: “Dada la preocupación rusa con la provisión de granos, es posible una presencia sustancial en el escenario (se refiere al Atlántico Sur) de la marina rusa. Si las hostilidades entre la Argentina y el Reino Unido elevaran esa presencia a un nivel que requiera una compensación por parte de Estados Unidos, la disuasión de la OTAN se vería aún más afectada y, como resultado, se podría producir una confrontación directa entre el Este y el Oeste”.. Aunque el tono era apocalíptico, la posibilidad de un choque armado entre la OTAN y el Pacto de Varsovia no entraba en el programa. Eagleburger era consciente de que a los rusos no se les perdía nada en

las Malvinas, salvo la ocasión de crearle problemas a los norteamericanos, por eso en el mismo informe, añadía: “ante el estallido de una guerra es de esperar que los rusos provean a Buenos Aires de información de inteligencia sobre las tropas británicas, aunque seguramente se va a contener de cualquier participación militar directa. El apoyo se puede extender también a la provisión de armas”. Y efectivamente, así fue, salvo en el tema de la provisión de armas pues ni siquiera llegaron a vendérselas a los argentinos que funcionaron durante toda la guerra con armamento occidental. Con este paisaje de fondo resulta todavía más patética la visita del canciller Costa Méndez a La Habana a abrazarse con Fidel Castro, el monstruo marxista por excelencia responsable de todos los males hasta no hacía mucho tiempo, repentinamente reconvertido en aliado solidario en la lucha contra el imperialismo. Más patética si se quiere al considerar que tal visita se producía en un momento en el que el resultado de la guerra ya estaba decidido y no precisamente a favor de Buenos Aires. Un ejemplo del discurso hueco y oportunista de los países socialistas en relación al conflicto fue la declaración de la agencia Tass a propósito del desembarco británico en las Malvinas:

La invasión armada de las tropas inglesas en las Islas Malvinas constituye una amenaza a la paz internacional y la seguridad y se encuentra en contradicción con la Carta de la ONU y con las normas fundamentales del Derecho Internacional. La responsabilidad, por ello recae también sobre aquellos Estados, ante todo los Estados Unidos, que se asociaron con la posición inglesa y se pusieron abiertamente de parte de Londres y con lo mismo le alentaron de hecho a lograr la solución bélica del conflicto.

En la Unión Soviética estamos convencidos de que por muy dispares que sean las posiciones a que se atengan las partes sobre la esencia del conflicto, las cuestiones litigiosas entre ellas deben resolverse por vía pacífica, tras la mesa de negociaciones. Las más largas negociaciones son preferibles a la guerra más corta

Como en el Movimiento de los No Alineados Argentina no encontraba los apoyos que buscaba, la carta internacional que se jugó a fondo fue la de la OEA en donde se podían encontrar aliados que presionaran a Washington. La primera reacción del peyorativamente denominado por la izquierda “Ministerio de Colonias” fue más bien tibia y se produjo 11 días después de la invasión argentina y 8 de que se declarara el boicot europeo. No pasó de una expresión de preocupación. Para Hilarión Cardoso, por entonces Embajador de Venezuela ante el organismo “fue la manifestación de una falta de voluntad política en parte incentivada por los países anglófonos del Caribe”. Peor fue el comentario del diario chileno El Mercurio, adicto a la dictadura de Pinochet: “En otro orden de cosas y sea cual sea el desarrollo del conflicto con el Reino Unido, la Argentina, con el actual régimen militar que la gobierna, está muy lejos de ser el socio confiable para la defensa de los intereses del mundo libre en el Atlántico Sur”. El portavoz oficioso de una dictadura de extrema derecha

## A treinta años del conflicto de las Malvinas-Falkland

expresaba públicamente su desconfianza con respecto a otra dictadura de extrema derecha vecina. Así funcionó la solidaridad iberoamericana durante el conflicto.

El domingo 25 de abril los ingleses recuperaban las Islas Georgias del Sur con lo que pasaban a contar con una excelente base de ataque y aprovisionamiento para la posterior campaña de las Malvinas. Era la víspera de la reunión de la OEA para estudiar la aplicación del TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) a petición argentina. El TIAR, firmado en 1947 y todavía vigente, establece la ayuda solidaria de los países americanos si cualquiera de ellos es atacado por una potencia extracontinental. En realidad estaba pensado para apoyar a Estados Unidos si había un ataque de la URSS, pero no si este ataque, dirigido hacia otro país firmante, era efectuado por un miembro de la OTAN. Los norteamericanos, que participaban de ambas alianzas, prefirieron optar por la OTAN antes que por el TIAR. Entretanto se producían febriles consultas entre los cancilleres del continente para llegar a un documento consensuado lo que no parecía fácil tanto por la posición abiertamente pro-argentina de países como Venezuela o Perú como por el apoyo incondicional a Londres de los estados anglófonos. Finalmente se llegó a una resolución bastante descafeinada apoyada por 17 países y con la abstención de Estados Unidos, Colombia, Chile y Trinidad-Tobago. El bloque hispano aparecía así irremediabilmente dividido lo que le quitaba al documento cualquier capacidad de presión sobre Londres. Costa Méndez soltó retórica a raudales en su discurso de agradecimiento pero la retórica no ocultaba dos grandes fracasos: El de la diplomacia argentina que no había conseguido que se aprobara la aplicación del TIAR y el de la cacareada unidad iberoamericana que se limitó a hacer gestos sin contenido.

La reconquista de las Georgias por los británicos pareció aligerar un poco el ambiente. Aunque la prensa porteña reaccionó con dureza, la Junta Militar abrigaba la idea de que, una vez lavada la ofensa al honor del león inglés, en Londres se impondría una política más flexible y se podría abrir una negociación.

No conocían a Thatcher que, una vez enviada la Task Force y con el coste diario que ello suponía, no pararía hasta la reincorporación de las Malvinas.

Argentinanecesitabadesesperadamentearmamento,yconlosmercadosnorteamericano y europeo cerrados, hubo que echar mano de Brasil o de los traficantes internacionales. A Brasil le fue hecho un pedido enorme solo atendido en parte pues Brasil no estaba muy interesado en un gran triunfo argentino que convertiría a Buenos Aires en la potencia militar hegemónica del subcontinente. A estas compras seguirían otras hechas en Sudáfrica e Israel que llegaban a Argentina a través de territorio uruguayo.

Otro país al que se acudió en busca de aprovisionamiento militar fue Perú. El 3

de mayo una comisión argentina integrada por el secretario de Galtieri, general Héctor Iglesias, el embajador en Lima, Luís Sánchez Moreno, y el contralmirante Roberto Nolla, se entrevistaban con el Presidente Belaúnde al que presentaron “una lista inmensa de pedidos” en palabras del entonces secretario presidencial García Belaunde. El mandatario peruano era muy sensible a la causa argentina, no solo por los vínculos históricos entre ambos países sino también por el impacto emocional que había causado el hundimiento del crucero Belgrano.

Belaunde venía trabajando, conjuntamente con Haig, desde el 1 de mayo en la búsqueda de una salida diplomática para la crisis, pero sus esfuerzos eran baldíos y ello fue lo que lo decidió a proporcionar ayuda aunque no en la cantidad que se le solicitaba. Esta incluía aviones Mirages 5 y Shukoi, submarinos, tanques, misiles y un largo etc. De haberse prestado a suministrar todo aquello Perú hubiera quedado desarmado frente a Chile. Por otra parte los aviones rusos Shukoi eran desconocidos en su manejo para los pilotos argentinos y Perú era el único país sudamericano que los tenía por lo que, si se facilitaban, sería para ser manejados por pilotos peruanos lo que arrastraba inexorablemente al país andino al conflicto. También se descartó suministrar submarinos pues implicaría pasar con ellos delante de Chile lo que hubiera derivado en un nuevo problema diplomático, así que al final Belaunde se inclinó por facilitar 10 Mirages M5, el arma más poderosa de la Fuerza Aérea Peruana con todos sus pertrechos. Por todos ellos Buenos Aires pagó 50 millones de US\$, una auténtica ganga en aquel momento. Se añadió un lote de misiles Exocet proporcionados por la Marina de Guerra.

En cuanto a Venezuela, el otro gran aliado de Argentina durante el conflicto (su solidaridad procedía fundamentalmente de tener un problema similar con Guiana por el reivindicado territorio de Esequibo), el sentimiento antinorteamericano, más que antibritánico era general. Un alto miembro adeco, Pedro Nikken, declaraba: “Los Estados Unidos no se limitan a escogernos a los iberoamericanos los amigos, también nos prohíben tener enemigos que no sean los suyos, aunque estén cañoneando salvajemente una parte de nuestro continente”. El presidente Luís Herrera Campins, sin embargo, y pese al apoyo diplomático prestado a Argentina, no llegó a facilitar armas aunque puso a disposición de Buenos Aires créditos. Conviene tener en cuenta que por entonces Venezuela mantenía un diferendo fronterizo con Colombia que, en algún momento, amenazó con acabar en conflicto abierto.

El hundimiento del Belgrano y, sobre todo, las circunstancias en que se dio el ataque (el buque estaba fuera de la zona de exclusión marítima marcada por la propia Gran Bretaña) afectó mucho a la opinión pública europea que comenzó a preguntarse si la causa de Londres era la causa justa. Hubo, en este sentido, algunos movimientos para frenar la guerra. Irlanda y España, junto a Colombia, solicitaban una reunión urgente del Consejo de Seguridad mientras que Francia pedía también la intervención

## A treinta años del conflicto de las Malvinas-Falkland

de la ONU. Los Gobiernos de Dinamarca y Holanda expresaban su inquietud por el giro de los acontecimientos e Italia se manifestaba poco propicia para continuar aplicando sanciones económicas a un país en el que vivían millones de personas que llevaban apellido italiano. La misma preocupación cundía en Alemania, principal socio comercial europeo de Argentina a quien vendía anualmente productos por valor de 2.000 millones de US\$. Ningún país europeo quería romper ataduras con Londres por las alianzas que existían pero todos ellos preferían que Thatcher no siguiera insistiendo en la solución militar. A Londres estas preocupaciones le afectaban poco, especialmente desde el momento en que, para asombro y disgusto de los gobiernos latinoamericanos, Washington declaraba a través del Secretario de Defensa que Estados Unidos apoyaría a Gran Bretaña “hasta el fin”. Y era fácil suponer de qué fin se hablaba.

La idea de que Argentina estaba sola comenzó a cundir entre la opinión pública a pesar de los discursos triunfalistas y la censura de noticias. Algún éxito militar como el hundimiento por un misil Exocet de la fragata “Sheffield”, aparte de una breve satisfacción para los militares argentinos sirvió principalmente para que su precio subiera de golpe de 200.000US\$ por pieza a un millón. A este precio Muamar El-Gaddafi se mostró dispuesto a proporcionárselos a Buenos Aires. Pero cuando algunas misiones de políticos opositores a la dictadura y de sindicalistas fueron enviadas al exterior para tratar de concitar apoyos se encontraron con la desagradable (aunque esperada) sorpresa del rechazo a la Junta y a su aventura por parte de aquellos con los que se encontraron. Francisco Cerro (demócrata cristiano), José Alberto Deheza (justicialista) y Rafael Martínez Raymondo (demócrata progresista) declaraban, a su regreso de una de estas giras de “clarificación”: “La imagen del país está muy deteriorada por la no vigencia de la Constitución y de la Democracia”. Por su parte la CGT (peronista) se declaraba “consternada” por no haber podido establecer contacto con representantes de las Trade Unions y por la dureza de los juicios que habían tenido que escuchar de sus colegas europeos por la aventura de la Junta.

El último intento por conseguir el apoyo en bloque de Latinoamérica cuando el desenlace de la guerra se acercaba, fue la reunión de la OEA celebrada a fines de mayo. Una nueva resolución que obtenía los mismos 17 votos que la anterior, facultaba a los países latinoamericanos “para ayudar a la República Argentina en la actual situación por la que atraviesa”. Ni siquiera se citaban palabras como “guerra” o “agresión”. Razón tenía la embajadora norteamericana en la ONU, Jeanne Kirkpatrick, cuando minimizaba este tipo de declaraciones: “No creo que la posición de los Estados Unidos sufra un significado deterioro en las Naciones Unidas, no creo que se haga ningún daño irreparable a nuestras relaciones con las naciones de Sudamérica. Los lazos e intereses comunes que nos unen en la defensa del hemisferio volverán a soldarse después de que pase esta irritación momentánea e injustificada” Pocas horas antes de que se produjera la derrota argentina, llegaba a Buenos Aires Juan

Pablo II. Fue la ocasión para que se desatara la marea incontenible de los sentimientos reprimidos. En la Plaza de Mayo, las Madres reclamaban ante el Papa por los desaparecidos, en el Parque Palermo setecientas mil personas coreaban insistentemente: “¡Queremos la paz!”. Y ese grito no auguraba nada bueno para la Junta Militar.

Sin embargo los análisis post-conflicto de algunos sectores de la izquierda (la derecha militar y civil procuró soltar amarras de Galtieri y la Junta en un ¡sálvese quien pueda! colectivo como si no hubieran tenido nada que ver en aquel desastre) demostraban no haber entendido nada de lo sucedido. Jorge Abelardo Ramos, dirigente del Frente de Izquierda Popular de Argentina, un conglomerado ideológico de peronismo, nacionalismo y marxismo, escribía al año siguiente: “El abrazo del doctor Costa Méndez con Fidel Castro en La Habana, por lo demás simbolizó la reorientación no-ideológica sino política que la Argentina de la dictadura militar se veía obligada a adoptar a causa de la guerra. Al concurrir a Managua, Nueva Delhi y Belgrado, los representantes militares de la Argentina debieron aceptar que nuestro país se encuentra en el campo revolucionario de la historia moderna, es decir, en el tercer mundo. Por todo lo dicho puede afirmarse que Inglaterra ganó una batalla pero perdió la guerra” . A 30 años de los hechos aquí narrados, no parece que Argentina se encuentre situada en campo revolucionario alguno.

### **El escenario nacional.**

En lo referente a la política interna se presentaban tres campos diferentes de actividad: Las relaciones con los kelpers recién invadidos, la situación dentro de las propias FFAA y la actitud de la Junta Militar con respecto al pueblo argentino civil.

El general Mario Benjamin Menéndez, nombrado Gobernador de las Malvinas, no pudo resistirse de tomar algunas medidas iniciales de signo nacionalista como rebautizar Port Stanley que pasaba a llamarse Puerto Argentino así como alteraciones en el callejero local, pero, en general, el trato que las fuerzas de ocupación brindaron a los isleños fue correcto e incluso generoso. No se implantó el estado de sitio vigente en Argentina, no se registraron malos tratos tal y como confirmó la Cruz Roja Internacional, las detenciones por razón de seguridad militar fueron mínimas, se prohibió que los soldados se aprovisionaran en los almacenes locales para evitar el desabastecimiento y cualquier confiscación realizada, por ejemplo ganado ovino, era inmediatamente indemnizada. Los kelpers, sin embargo, que llevaban 150 años siendo súbditos (aunque no ciudadanos de pleno derecho) británicos mantuvieron una postura de desconfianza y distanciamiento. El periodista de ATC Kasanzew, único que operó durante todo el tiempo que duró el conflicto en las Malvinas y que estaba alineado con los sectores más duros del régimen, era contrario a la política de convivencia pacífica de Menéndez, y defendía que “los kelpers deberían haber sido indemnizados y expulsados de las islas junto a los

## A treinta años del conflicto de las Malvinas-Falkland

marines. Está visto que nunca aceptarán integrarse a la Argentina. Tratan de ser más ingleses que los ingleses aunque Gran Bretaña los considere ciudadanos de segunda”.

En cuanto a las FFAA si bien estaban a favor del operativo (las críticas por cómo se realizó vendrían a agua pasada), no todos los cuerpos lo estaban con la misma intensidad. Los más belicosos eran la Marina y la Fuerza Aérea, algo frustrados por no haber tenido su “expléndida guerrita” contra Chile por la disputa del Beagle. En el Ejército los más entusiastas eran los comandos y los cuerpos de élite, gran parte de los cuales, sin embargo, no se movieron de la frontera andina por temor a una intervención chilena o, como los paracaidistas, se quedaron en Comodoro Rivadavia. En total desembarcaron en Malvinas un centenar de comandos, hombres de gran preparación militar, con elevada moral de combate y una mística nacionalista y religiosa que venía de lejos y estaba profundamente arraigada. “Dios y Patria o Muerte” era su lema y formaban una especie de subcultura castrense dentro del propio Ejército. El fanatismo político-religioso de los cuerpos de comandos o “cara pintadas” lo expresó muy bien su comandante Seineldín quien no vacilaba en declararle a Kasanzew: “Lo que hay que hacer cuando salgamos de acá es volver con un mensaje para la creación de una nueva Argentina. Y la nueva Argentina debe ponerse a cumplir los designios de la Virgen, debe derrotar al mundo en sentido evangélico, debe ser una Argentina cristocéntrica”. La Marina, que era un arma muy belicista, fue la primera en retirarse del escenario de la guerra una vez que se produjo el hundimiento del Belgrano. La flota buscó refugio en puertos muy alejados del escenario del conflicto (en Sudáfrica, por ejemplo) y las islas quedaron incomunicadas con el continente por mar. La Fuerza Aérea llevó todo el peso de la lucha y, a pesar de lo tenaz de su resistencia, acabó fuera de juego por las enormes pérdidas que sufrió en pilotos y aviones.

En cuanto a los soldados destinados a las Malvinas, eran jóvenes bisoños, sin preparación de ningún tipo, poco más sabían que desfilas y hacer guardias, muchos de ellos no tenían más de 18 años y, aunque el principio creyeron ser los protagonistas de una epopeya nacional, no podían hacer frente a una invasión de soldados profesionales cuando ésta se produjo. Aunque se comportaron con gran valentía a pesar de la tensión que sufrían, carecían de preparación para ofrecer una enconada resistencia y se derrumbaron rápidamente. Desde el punto de vista estrictamente militar aquellos soldados inexpertos eran más un estorbo que una ayuda y no había justificación alguna para su presencia, pero sirvió tanto a ciertos sectores intelectuales como a la prensa y al propio Gobierno para alimentar la idea de “heroica gesta popular” y de participación de la nación entera en la lucha contra el colonialismo y el imperialismo. Ernesto Sábato, escritor que no gozaba de las simpatías del régimen y vivía recluido en su casa de Santos Lugares, hizo unas declaraciones a Radio Nacional de España en esta línea que fueron reproducidas íntegramente en el diario La Nación y que repetían ideas ya expuestas en una carta abierta publicada con anterioridad en Clarín. En la entrevista afirmaba:

“Es una lucha tremendamente desigual. Mi pueblo está luchando con sus chicos de 18 años. En la Argentina no es su dictadura militar la que lucha. Es su pueblo entero”.

En el frente interno las dos características más destacadas de lo ocurrido durante la guerra fueron la manipulación informativa que llevó a transmitir constantes mensajes triunfalistas acompañados de un sistemático ocultamiento de la realidad a través de la censura ejercida por los militares, y la continuidad de la represión.

Es innegable que el pueblo argentino percibió la recuperación de Malvinas como la culminación de un deseo secularmente alimentado, como el final de la gesta emancipadora cuando, por fin, el país podía recuperar su integridad territorial plena. Pero también es cierto que la euforia desatada dio lugar a un clima de Mundial 78 en donde la fe absoluta en la victoria no dejaba espacio para dudas. Fue este sentimiento generalizado lo que permitió a la Junta Militar la movilización del país en apoyo de la invasión.

La política informativa no derivó solo de la práctica de la censura que el régimen militar venía aplicando desde 1976 sino también del hecho de que, de repente, toda la construcción estratégica hecha sin ningún fundamento por los militares, cayó estrepitosamente ante la reacción británica que no figuraba en ninguno de los informes que se manejaban. Desarboladas, las FFAA no supieron cómo enfrentar esta situación desde el plano de la comunicación. El propio Galtieri llegó a confesar su estupor por el envío de la Task Force a la periodista italiana Oriana Fallaci: “Si una reacción británica nos parecía posible, nunca llegamos a verla como una probabilidad.

Personalmente yo juzgaba que una respuesta británica era escasamente posible y totalmente improbable”. Así que, superadas por los acontecimientos, prefirieron continuar desinformando y en ello fueron entusiásticamente apoyados por la prensa adicta. Tal vez en este terreno se distinguió sobre cualquier medio el semanario Gente.

Pero junto a esta publicación destacan también en la misma línea de desinformación Para Ti, La Semana, Tal Cual, La Prensa y La Nación. Era frecuente leer titulares del tipo “Estamos ganado”, “No tenemos bajas”, “Esta es la guerra de todos” etc. Incluso cuando ya se había producido la rendición esta palabra pasó a ser tabú sustituyéndola por eufemismos del tipo “cese el fuego” “acuerdo para retirar tropas” etc.

Gente había apoyado el golpe de estado y mantuvo excelentes relaciones con los militares mientras éstos permanecieron en el poder. El jefe de redacción, Samuel Gelblung, declararía años más tarde que no tenía nada de lo que arrepentirse con respecto a la línea informativa por él diseñada. Para la Dictadura fue un perfecto aliado, tanto por su tirada (llegaba en los setenta a los 300.000 ejemplares semanales) como por su circulación nacional y su posición como

## A treinta años del conflicto de las Malvinas-Falkland

formador de opinión pública, especialmente entre las clases medias urbanas, así que durante la guerra Gente pasó a ser el vocero oficial de la Junta Militar.

El 27 de mayo tituló una de sus portadas “Seguimos ganando” y anunciaba que 6 navíos británicos habían sido hundidos, 16 averiados, 21 aviones y 16 helicópteros derribados. Quien leyera aquello creía firmemente que la victoria era cosa de un par de días. Pero a esas alturas ya se había producido el desembarco inglés y, mientras en Londres se anunciaban las bajas producidas en el ataque con nombres y apellidos, en Buenos Aires había un silencio espeso sobre este tema. Al tiempo que el portavoz del Gobierno argentino anunciaba cifras fantásticas de bajas entre los invasores (en alguna ocasión se llegó a hablar de 200), el semanario continuaba haciéndose eco de las grandes victorias obtenidas. Ese mismo día 27 bajo el título “Estos vinieron, éstos quedaron” se informaba: “Fuentes altamente responsables consultadas por GENTE pertenecientes a la Fuerza Aérea señalaron que el número de barcos averiados y hundidos es mayor, pero que la seriedad con que se maneja la información y la necesidad de verificar exactamente los daños demoran la confirmación de los hechos. Al respecto nos informaron que los barcos hundidos son diez y quince están seriamente averiados. Es decir, que veinticinco han dejado de servir para sus funciones específicas. Es decir, también que la flota británica se está hundiendo”

Obviamente se dedicó un amplísimo espacio a informar sobre la visita de Juan Pablo II presentado como un aliado cuando lo que venía era a preparar a los argentinos para lo peor que, además, se estaba produciendo en aquel momento. Entre los titulares aparecían “La Junta comulga”, “El Papa con la Junta Militar”, “El día que Juan Pablo II anduvo en colectivo”. Cuando ya se había producido la derrota argentina, el 24 de junio Gente hacía una pirueta y pasaba a poner estos titulares: “La guerra que no vimos. Lo que nadie mostró hasta ahora”. En las fotos que seguían no aparecía un solo muerto argentino. Para Gente fue una guerra sin cadáveres nacionales a pesar de que se llevaban más de 600. En líneas similares se movían los titulares de portada de la revista Tal Cual, aunque esta concentraba sus ataques sobre Thatcher. Mientras duró la guerra aparecieron cada semana caricaturas de la premier inglesa disfrazada de demonio, de Drácula, de bruja, de Hitler, de Superwoman etc. acompañadas de textos de este tipo: “Maggie detesta a la Reina, odia al Papa, envidia a Lady D”, “Su marido la teme, su hijo la desprecia”, “Su padre fue un ladrón, su abuelo un criminal, ella es una pirata”; “Más sangrienta que Hitler, más cruel que Stalin”. Todavía una semana después de la rendición Tal Cual volvía a la carga con otro titular de parecido jaez bajo una caricatura de la Primera Ministra disfrazada de Napoleón: “Chau Thatcher, hasta Waterloo”.

La actuación de exagerado patriotismo de determinados informadores generó malestar en la propia profesión. Columnistas como Bernardo Neustadt y Mariano Grondona, muy afines al Proceso y a la operación Malvinas llegaron a escribir: “Los argentinos

que están en la conducción del Proceso no tienen el menor aprecio por la información veraz... Hay cierto tipo de personas que no creen en el coraje de los argentinos: Son los histéricos triunfalistas. Y esta clase crece en el propio seno de los organismos oficiales responsables de información”

La desinformación fue acompañada del control de los corresponsales extranjeros algunos de los cuales fueron secuestrados por grupos policiales y militares, aunque posteriormente puestos en libertad, o expulsados del país por “atentar contra los intereses argentinos en tiempo de guerra”. Las únicas fuentes que tenían los argentinos para informarse con más objetividad de lo que estaba sucediendo eran las emisoras uruguayas las cuales también estaban controladas por otra dictadura militar pero en lo que respecta a la guerra podían actuar con más libertad. Fueron ellas las que marcaban el contrapunto con las noticias suministradas a través de los canales oficiales y oficiosos de Argentina aunque, curiosamente, quien se hacía eco de las noticias oficiales de Buenos Aires no era una emisora afín a la dictadura si no una de izquierda relativamente tolerada, CX30 La Radio. Pero la mayor parte de la opinión pública continuaba creyendo en las noticias triunfales suministradas por la Junta Militar y cuando llegaron las primeras noticias del desembarco británico hubo gente que, en su desesperación se revolvió contra los corresponsales extranjeros que sufrieron agresiones en diversos momentos pues algún culpable había que buscar para endilgarle la responsabilidad de que las cosas llegaran a donde habían llegado.

Un indicio de que la crisis de Malvinas estaba ya en su punto final fue que las agencias internacionales de noticias desplazaran de las primeras páginas al conflicto anglo-argentino sustituyéndolo por el judeo-libanés a partir del 10 de junio. Efectivamente se estaba ya en la fase final y todo el mundo, menos los argentinos, sabía quiénera el vencedor.

Los últimos comunicados del Gobierno militar (157 a 162) sobre el desarrollo de los combates continuaban manteniendo el tono triunfal aunque reconocían la dureza de la batalla. El 163, emitido el día 14 a las 16,50 hora de Buenos Aires anunciaba un “alto el fuego de hecho no concertado por ninguna de las dos partes”. Es decir, la rendición.

Al día siguiente Galtieri promovió una concentración de apoyo en la Plaza de Mayo.

Con lo que se encontró fue con una masiva protesta popular que debió ser reprimida violentamente. Para los militares Galtieri aparecía como la figura ideal en quien cargar toda responsabilidad como si los demás no tuvieran culpa alguna en aquel desastre.

El 18 de junio Galtieri dimitía y comenzaba el rápido proceso de descomposición de la dictadura. Sin embargo la mayoría de los argentinos siguió creyendo que el día de abril comenzara una gesta heroica y no que se había cometido un inmenso error.

## A treinta años del conflicto de las Malvinas-Falkland

Mientras duró la guerra no cesó la represión. Continuó habiendo desaparecidos y secuestros de opositores, continuó el hostigamiento contra las Madres de la Plaza de Mayo y continuó alargándose sin fecha de finalización “el proceso de reorganización nacional”.

En este sentido el apoyo que a la invasión prestaron partidos políticos de toda ideología (incluidos los montoneros y los exguerrilleros en el exilio), sindicatos, organizaciones patronales etc. no sirvió para normalizar la vida política, ni siquiera para que se hiciera un cronograma de normalización. Solo cuando se produjo la derrota, Galtieri anunció el comienzo de una nueva etapa. Pero para esa nueva etapa, sobraban los militares.